

LLAVES
DEL
CRECIMIENTO
ESPIRITUAL

Descubra los tesoros de Dios

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Keys to Spiritual Growth*, © 1991 por John F. MacArthur, Jr. y publicado por Crossway, 1300 Crescent Street, Wheaton, Illinois 60187. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Llaves del crecimiento espiritual* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Juan Sánchez Araujo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de *La Biblia de las Américas*, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1836-5 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6454-6 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8605-0 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Para
Matthew, Marcy, Marc y Melinda,

*mis queridos hijos, cuyo crecimiento espiritual
constituye el interés principal de mi vida, y cuya madurez
será mi mayor alegría en este mundo.*

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad de amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”.

Efesios 4:13-15

“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén”.

2 Pedro 3:18

CONTENIDO

<i>Agradecimientos</i>	7
<i>Introducción</i>	9
1. LA LLAVE MAESTRA <i>Presuposición</i>	13
2. EL PROPÓSITO PRINCIPAL <i>La gloria de Dios</i>	20
3. EL PLAN MAESTRO <i>Cómo glorificar a Dios</i>	38
4. LA OBEDIENCIA <i>La apertura de las habitaciones de los criados</i>	58
5. LA LLENURA DEL ESPÍRITU <i>La apertura de la central de energía</i>	75
6. LA CONFESIÓN <i>La apertura de la cámara de los horrores</i>	89
7. EL AMOR <i>La apertura de la suite nupcial</i>	109
8. LA ORACIÓN <i>La apertura del lugar santísimo</i>	119
9. LA ESPERANZA <i>La apertura del cofre de la esperanza</i>	131
10. EL ESTUDIO BÍBLICO <i>La apertura de la biblioteca</i>	147
11. LA COMUNIÓN CON LOS HERMANOS <i>La apertura de la sala</i>	159
12. EL TESTIMONIO <i>La apertura del cuarto de los niños</i>	168
13. EL DISCERNIMIENTO <i>El cierre de la puerta de entrada</i>	178
<i>Notas</i>	187

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias al Dr. Lowell Saunders, que preparó la primera edición de este libro hace ya muchos años; así como a Dave Enos, Allacin Morimizu y Phil Johnson, los cuales han ayudado con la presente revisión.

INTRODUCCIÓN

Últimamente no oímos hablar mucho acerca del crecimiento espiritual. Muchos creyentes en nuestra sociedad se han dejado desviar por enseñanzas diversas que prometen poder, energía sobrenatural y éxito sin tener que pasar por el proceso de crecimiento para alcanzar la madurez cristiana. Están buscando experiencias espectaculares, puntos de inflexión trascendentes, soluciones instantáneas para sus problemas espirituales; pero la victoria real y duradera no se obtiene por esos medios. El plan de Dios es que alcancemos la madurez a través de un proceso continuo de crecimiento.

El hecho de que la iglesia contemporánea haya dejado de dar importancia al crecimiento espiritual está produciendo frutos amargos. Millones de personas que se confiesan cristianas se ven afectadas por una atrofia en su desarrollo. Las iglesias están llenas de gente espiritualmente inmadura, sin discernimiento, débil y frágil: el subdesarrollo espiritual es la norma, no la excepción. Miles de individuos —quizá millones— dependen ahora de la “terapia” y, obviamente, prefieren confiar en los psicólogos antes que pasar por los rigores del verdadero discipulado cristiano y del crecimiento en la gracia.

Esto representa una seria amenaza para la iglesia. Hablando francamente, puede ser un síntoma de que algo anda terriblemente mal; ya que el crecimiento constituye uno de los signos esenciales de la vida tanto en el terreno físico como en el espiritual. Si no hay crecimiento es que tampoco existe vida verdadera. Allí donde no se observa crecimiento espiritual tenemos buenas razones para dudar de que haya vida cristiana.

¿Está usted creciendo? Si no es así —o no está contento con su ritmo de crecimiento—, este libro se ha escrito para usted.

De una cosa puede estar seguro: Dios quiere que todo cristiano alcance la madurez espiritual. Su Palabra nos manda que crezca-

mos “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18). Esta es nuestra obligación... ¡y nuestro privilegio! Día tras día podemos avanzar hacia un conocimiento más pleno, elevado, personal y experimental de Dios y de Cristo. Nos es posible llegar, a través de su Palabra, al Dios que la escribió, y conocerlo a Él de un modo más íntimo.

Tengo la impresión de que muchas personas albergan ideas equivocadas acerca de la madurez espiritual: no están creciendo todo lo rápido que podrían hacerlo, o se encuentran atrapadas en un nivel muy inferior al que deberían estar, porque entienden mal lo que significa ser espiritualmente maduro y crecer en la gracia. He aquí algunas pautas para que no nos desviemos.

El crecimiento espiritual nada tiene que ver con nuestra posición en Cristo. Dios nos ve ya perfectos en su Hijo Jesús: estamos completos en Él (Col. 2:10). Tenemos todo lo que necesitamos en cuanto a la vida y la piedad (2 P. 1:3); somos nuevas criaturas (2 Co. 5:17); posicionalmente, gozamos de la perfección. Sin embargo, en la práctica, no damos la talla. El crecimiento es ese proceso mediante el cual lo que somos en Cristo se hace más y más real en nuestra experiencia diaria.

El crecimiento espiritual nada tiene que ver con el favor de Dios. Dios no nos quiere más porque seamos más espirituales. Algunos padres amenazan a sus hijos diciéndoles que el Señor no los amará si no se portan bien. Esto es ridículo: el amor de Dios por nosotros no depende de nuestro comportamiento. Aun cuando éramos “débiles”, “impíos”, “pecadores” y “enemigos” (Ro. 5:6-10), Dios demostró su amor hacia nosotros enviando a su Hijo a morir por nuestros pecados. Él no puede amarnos más simplemente porque estemos creciendo.

El crecimiento espiritual nada tiene que ver con el paso del tiempo. En el ámbito espiritual, la madurez no se mide por el calendario: es perfectamente posible que una persona haya sido cristiana durante cinco décadas y, sin embargo, aún sea un bebé en Cristo. Hace varios años leí, en la revista *Time*, una encuesta bíblica que se había llevado a cabo entre estudiantes de los últimos años de la escuela secundaria. Según estos, Sodoma y Gomo-

rra eran amantes; Mateo, Marcos, Lutero y Juan escribieron los Evangelios; Eva fue creada de una manzana; y la burra de Acab se llamaba Jezabel. ¡Y no vaya usted a pensar que se trataba de estudiantes fuera de lo común! ¡Conozco a algunas personas ya jubiladas que podrían dar respuestas peores que esas!

El crecimiento espiritual nada tiene que ver con el conocimiento. No se pueden equiparar los hechos, los datos, la información o la inteligencia con la madurez espiritual. Es posible acertar el cien por cien de las preguntas de la encuesta de *Time* y, aun así, a menos que el resultado de su conocimiento sea una vida conforme al modelo de Cristo, no le servirá de nada. Una verdad que es incapaz de cambiar la vida y la conducta de las personas puede en realidad resultarles perjudicial, ya que en lugar de llevarlas a la madurez quizá las endurezca.

El crecimiento espiritual nada tiene que ver con la actividad. Algunas personas suponen erróneamente que los cristianos más maduros siempre son los más atareados; sin embargo, el activismo no conlleva necesariamente la madurez, ni puede ser sustituto de ella. De hecho, una actividad excesiva puede llegar a impedir aquello que resulta realmente decisivo y trascendental en la vida cristiana. Mateo menciona a un grupo de personas que suplicará ser aceptado por Cristo sobre la base de las obras maravillosas que realizaron; pero Él los rechazará (Mt. 7:21-23). El activismo no puede comprar la salvación ni producir la madurez espiritual.

El crecimiento espiritual nada tiene que ver con la prosperidad. Algunos exclaman: “¡Mire cómo me ha bendecido el Señor! Tengo mucho dinero, una preciosa casa, un buen automóvil y un trabajo seguro. ¿Ve cómo me ha prosperado Dios por haberlo honrado?”. No crea usted tal cosa: Dios tal vez le haya permitido prosperar, pero eso no es muestra de crecimiento espiritual (2 Co. 12:7-10). Algunas personas se dedican de tal manera a buscar la prosperidad que descuidan todo lo demás; lo cual no supone un signo de madurez, sino más bien todo lo contrario.

Como ya hemos señalado, el crecimiento espiritual consiste simplemente en hacer coincidir nuestra práctica con la posición que disfrutamos en Cristo. Nuestra situación en el Señor es sublime.

Dios “juntamente con [Cristo] nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:6). No podríamos estar en una situación más exaltada. Posicionalmente somos perfectos; pero ahora el Señor quiere que vayamos reflejando progresivamente esa posición en nuestra propia experiencia: en esto consiste el crecimiento.

El crecimiento espiritual resulta decisivo. Llámelo como quiera: seguir la justicia (1 Ti. 6:11), ser transformado (Ro. 12:2), perfeccionar la santidad (2 Co. 7:1), proseguir a la meta (Fil. 3:14) o edificarse en la fe (Col. 2:7). El objetivo común de todos los cristianos consiste en ser “transformados... en la misma imagen” del Señor (2 Co. 3:18).

Crecer espiritualmente no es algo místico, sentimental, devocional, psicológico o una consecuencia de poner en práctica ciertos secretos inteligentes. Lo experimentamos a medida que vamos comprendiendo y practicando los principios que se nos dan en la Palabra de Dios. Sus bendiciones sin límite están guardadas en una cámara acorazada divina que se abre con facilidad utilizando una serie de llaves especiales, las cuales son el tema de este libro. ¡Dispóngase, pues, a abrir los tesoros de Dios en Cristo Jesús!

LA LLAVE MAESTRA

Presuposición

La Biblia está viva. La Epístola a los Hebreos dice que “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (He. 4:12). Para Pedro, la Palabra de Dios es “incorruptible... vive y permanece para siempre” (1 P. 1:23). Y Pablo se refiere a la Biblia como “la palabra de vida” (Fil. 2:16).

LOS SIGNOS VITALES DE LA BIBLIA

¿En qué sentido está viva la Palabra de Dios? La mejor forma de apreciarlo es comparándola con la decadencia, destrucción y corrupción que nos rodea. La muerte reina en este mundo. La tierra no es otra cosa que un enorme cementerio: todos están muriendo. Algunas personas piensan que aprovechan bien la vida, cuando en realidad lo único que hacen es deslizarse pendiente abajo, porque tanto sus cuerpos como su gloria se secarán y se marchitarán como la hierba (1 P. 1:24).

En contraposición a esto, la Biblia es inagotable, inextinguible y transmite vida: la muerte y la decadencia del sistema mundano no la afectan.

La Biblia está viva. Es siempre nueva. En cada generación y cada época demuestra su vitalidad y pertinencia. Sus riquezas son inagotables y sus profundidades insondables.

Hace algunos años decidí seleccionar un libro de la Biblia y leerlo, cada día, durante un mes. Creí que al cabo de treinta días conocería de veras el libro en cuestión. Empecé con uno relativamente breve: 1 Juan. Al cabo de aquellos treinta días descubrí que aún había cosas acerca de este libro que no sabía; de modo que continué leyéndolo durante un mes más. Pero, incluso entonces, pensé que no conocía 1 Juan tan bien como quisiera; así que amplíé el plazo otros treinta días. ¿Sabe usted una cosa? La primera epístola de Juan aún conserva para mí misterios que ni siquiera he empezado a sondear: ¡cada vez que la leo me emociono!

Otra razón por la que decimos que la Biblia está viva es su actualidad. ¿Ha ojeado alguna vez sus viejos libros de texto de la escuela secundaria o la universidad? La mayoría se han vuelto anticuados: el progreso y los descubrimientos los han hecho obsoletos. Pero la Biblia sigue hablando de un modo tan perspicaz y concluyente en el siglo XXI como lo hacía en el siglo I.

La Biblia discierne los corazones: tiene una lucidez que nos impresiona. Es como una espada aguda de doble filo que disecciona las partes más íntimas de nuestro ser y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón (He. 4:12). Nos revela exactamente lo que somos; razón por la cual aquellos que se aferran a su propio pecado no quieren leerla para no sentirse redargüidos. Estas son algunas razones por las que decimos que la Palabra de Dios está viva.

La Biblia da vida. La Palabra de Dios no solo *está viva*, sino que también *da vida*. El poder reproductor es una característica fundamental de la vida. Las palabras y los pensamientos meramente humanos no pueden impartir vida espiritual, pero la Palabra viviente de Dios sí es capaz de hacerlo: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Stg. 1:18). El Espíritu Santo utiliza la Palabra para producir el nuevo nacimiento. La única manera de convertirnos en hijos de Dios es por medio de la Palabra de vida: “Así que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo” (Ro. 10:17, LBLA); “siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino

de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 P. 1:23).

Consideremos la parábola del sembrador que encontramos en Lucas 8. La Palabra de Dios es la semilla esparcida por el mundo (v. 11). Una parte cae junto al camino y el diablo la arrebató para que la gente no crea y se salve. ¿Cuál es la simiente que las personas deben recibir para ser salvas? La Palabra dadora de vida.

Jesús destacó la importancia de la Palabra en el proceso de regeneración: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63). El Espíritu divino utiliza la Palabra de Dios para producir vida.

La Biblia sostiene la vida espiritual. Como dijo el puritano Thomas Watson, son las Escrituras las que engendran y nutren la vida del creyente. Nacemos espiritualmente por medio de ellas y ellas nos alimentan llevándonos a la madurez. El consejo de Pedro es: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 P. 2:2).

¿Ha visto alguna vez a un bebé con hambre? No tiene ningún interés en que se le digan cosas, en jugar con nosotros o en que se le tome en brazos. Nada le satisface sino el alimento. Pedro nos dice que así de fuerte debería ser nuestro deseo de la Palabra.

Muchos cristianos no ansían la Palabra de ese modo; a consecuencia de lo cual están flacos y desnutridos, y padecen inanición espiritual. Estos necesitan recordar las palabras de Jeremías, cuando dice: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jer. 15:16).

Pablo le recuerda a Timoteo esa misma verdad: “Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido” (1 Ti. 4:6).

La Palabra de Dios alimenta a los creyentes. La necesitamos como los bebés precisan de la leche; pero también debemos crecer a fin de tomar alimento sólido (He. 5:13-14).

La Biblia transforma las vidas. Pablo animaba a los efesios a renovarse en el espíritu de sus mentes (Ef. 4:23); y, en Romanos

12:2, el apóstol expresa que la renovación de nuestro entendimiento nos transforma. Aun siendo ya creyentes, necesitamos dejar que la Palabra nos cambie. No llegamos a ser perfectos cuando creemos: el Espíritu Santo todavía tiene mucho que hacer para moldearnos a la imagen de Cristo. Aún luchamos con nuestras pautas de vida pecaminosas (Ro. 7:15-25) y, solamente saturando nuestras mentes de la Palabra y viviendo en obediencia a sus principios, podemos modificar dichas pautas.

Muchos cristianos forcejean con el problema de cómo tener un mayor compromiso con el Señor. Participan en seminarios, leen libros, buscan determinados dones espirituales, consultan a psicólogos, escuchan programas de radio... hacen todo menos leer la Biblia. Sin embargo, si descuidamos la Palabra, pocos cambios experimentaremos, ya que solo el Espíritu Santo, obrando por medio de las Escrituras, puede llevarnos a la madurez en Cristo.

Pablo recordó esta verdad a los corintios cuando dijo: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18). ¿De qué espejo estaba hablando? De las Escrituras, naturalmente. Según dice Santiago: “Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era” (Stg. 1:23-24). ¿Cómo llegamos a cambiar a la semejanza de Cristo? Cuando vemos la gloria de Jesucristo revelada en el espejo de las Escrituras, el Espíritu de Dios nos transforma en su misma imagen. He ahí la llave maestra para el crecimiento espiritual.

El puritano Philip Henry escribió:

La conversión nos lleva a la Palabra de Dios —que es nuestra piedra de toque— para que nos examinemos a nosotros mismos... como en un espejo para vestirnos (Stg. 1), como nuestra regla de conducta y trabajo (Gá. 6:16), como el agua para lavarnos (Sal. 119:9), como el fuego que nos calienta (Lc. 24), como la comida para alimentarnos (Job 23:12), como

nuestra espada para luchar (Ef. 6), como consejera siempre que dudamos (Sal. 119:24), como el cordial que tomamos para reconfortarnos, como la herencia que nos enriquece.

NO HAY ATAJOS HACIA LA MADUREZ ESPIRITUAL

Muchos creyentes tratan de idear algún método rápido para alcanzar antes la madurez cristiana, pero esto no es posible. Solo cuando miramos fijamente en el espejo de la Palabra de Dios y contemplamos la gloria del Señor y permitimos que la espada del Espíritu actúe como cirujano de nuestras almas y que el agua de la Palabra nos limpie, el Espíritu Santo transformará nuestras vidas.

El paso más importante en mi propio desarrollo espiritual fue cuando me comprometí a estudiar a fondo la Biblia. El estudio bíblico se ha convertido en la pasión de mi vida, y no hay nada en el mundo que me consuma más que el deseo de conocer mejor y comunicar a otros la Palabra. Aunque no he llegado a la meta de la semejanza perfecta con Cristo (Fil. 3:13-14), sí he aprendido que el Espíritu Santo utiliza las Escrituras para transformarnos a la imagen de Jesús.

La Biblia es esencial en nuestra vida cristiana: determinante en la regeneración y decisiva para nuestro crecimiento espiritual. En ella, Dios nos ha dado “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (2 P. 1:3), y si la descuidamos pagaremos un altísimo precio.

EL USO DE LA LLAVE MAESTRA

Permítame sugerirle cinco formas específicas de utilizar, para su crecimiento espiritual, esta llave maestra que es la Palabra de Dios.

Créala

Son muchas las voces que compiten hoy día con las Escrituras tratando de obtener nuestra lealtad. La ciencia, la psicología, el humanismo y el misticismo constituyen fuentes de autoridad que rivalizan con la Biblia, pidiendo a gritos nuestra atención. No sigamos en eso a la mayoría. Hay demasiadas personas en la iglesia dispuestas, al parecer, a abandonar la Palabra de Dios a cambio de

supuestos atajos para alcanzar la madurez. Pero nuestra respuesta debe ser la de Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6:68). Aceptemos la Biblia como lo que es: la Palabra inspirada, infalible, inerrante y suficiente de Dios. Dudar de las verdades que el Señor ha revelado en las Escrituras nos robará el gozo y puede llegar a destruir por completo nuestra fe.¹

Estúdiela

Cada cristiano debería ponerse como meta ser, al igual que Apolos, “poderoso en las Escrituras” (Hch. 18:24). Hay demasiados creyentes satisfechos con un estudio bíblico superficial o incluso inexistente. Tal descuido del estudio metódico de la Biblia puede dar como resultado errores doctrinales o una forma equivocada de entender cómo vivir la vida cristiana. Las Escrituras recompensan a quienes son estudiantes diligentes y, mediante su estudio, pueden presentarse a Dios aprobados (2 Ti. 2:15).

Hónrela

Los ciudadanos de Éfeso honraban la estatua de Diana porque pensaban que Júpiter la había enviado del cielo, y la adoraban por muy obscena, horrorosa y fea que fuese. Sin embargo, algo verdaderamente hermoso ha bajado a la tierra enviado por Dios: su preciosa Palabra, que es más valiosa que el oro y toda la pedrería (Pr. 3:14-15). No honre, pues, la Biblia solo de palabra, mientras dedica su vida a perseguir sustitutos mundanos; aunque sean cosas tales como la diversión, la política, la filosofía, la psicología, el misticismo y las experiencias personales.

Ámela

“¡Oh, cuánto amo yo tu ley! —escribió el salmista—. Todo el día es ella mi meditación” (Sal. 119:97). ¿Puede usted decir lo mismo? ¿Dedica a la Palabra tanto tiempo y atención como a otros objetos de su gusto menos merecedores de ello? ¿Lee usted la Biblia como si se tratara de una carta de amor que Dios le envía? ¿Es la Palabra de Dios su pasión, aquello hacia lo cual se siente arrastrado en sus

ratos de sosiego? ¿U opta usted por diversiones que en realidad obstaculizan su crecimiento?

Obedézcala

La obediencia es, en última instancia, la única respuesta apropiada a la Palabra de Dios. De nada nos servirá creer, estudiar, honrar y amar la Biblia si no la obedecemos. Los mandamientos de Dios no son opcionales, sino obligatorios. No podemos abordar la Biblia como si se tratara de una bandeja de aperitivos de la que podemos escoger caprichosamente aquello que queremos y no queremos obedecer. Nuestra obediencia debe ser implícita. Samuel dijo al desobediente Saúl: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 S. 15:22).

De este modo descubriremos que la Palabra de Dios es la llave maestra que abre todo lo demás en el terreno del espíritu. Ninguna estancia espiritualmente privilegiada está cerrada para esa llave. A pesar de lo que muchos creen y enseñan en la actualidad, nada que no sea la Palabra —ninguna experiencia espiritual o solución mística, ningún secreto sobrenatural o fórmula metafísica— puede abrir la puerta a algún poder espiritual inaccesible para las Escrituras.

Ciertamente hay otras llaves, cada una de las cuales da libre acceso a algún valioso y único principio de crecimiento espiritual; pero todas ellas están basadas en esta gran llave maestra, puesto que los principios en cuestión forman parte de la Palabra.

El gran avivamiento en tiempos de Nehemías comenzó cuando el pueblo instó a Nehemías a que les leyera las Escrituras (Neh. 8). Mientras las escuchaban, sus corazones despertaron, y los que oían fueron convencidos de pecado, limpiados, edificados, y respondieron obedientemente.

Tal vez ansíe usted experimentar un avivamiento personal. Le insto, entonces, a permitir que la llave de la Palabra de Dios le abra ese gran almacén de las riquezas que son suyas en Cristo Jesús.

EL PROPÓSITO PRINCIPAL

La gloria de Dios

Si saliéramos a la calle y preguntásemos a diez personas al azar cuál consideran ellas que es el tema más importante del mundo, probablemente recibiríamos diversas respuestas: el dinero, el amor, el matrimonio, el sexo, la libertad, la seguridad, la posición, el placer, la paz y la felicidad.

Pero, desde el punto de vista de Dios, solo hay una respuesta posible. Se trata del asunto principal de todo el universo, el propósito de la creación, la meta principal de la vida cristiana y la razón de ser de todas las cosas que Dios ha hecho y hará.

¿Cuál es, pues, ese propósito? El *Catecismo menor de Westminster* nos da la respuesta. La primera pregunta que dicho catecismo nos hace es: “¿Cuál es el fin principal del hombre?”. A lo que responde: “El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre”. Los redactores del *Catecismo menor* creían que todos los cristianos debían entender que existen para la gloria de Dios y para disfrutar de Él.

Alguno podría objetar que nos estamos basando demasiado en el *Catecismo*, aunque este tenga como base las Escrituras. Pero la suprema importancia de la gloria de Dios no es simplemente idea de algún hombre: la Biblia la respalda sin rodeos. David escribe: “A Jehová he puesto siempre delante de mí” (Sal. 16:8), refiriéndose a dar gloria a Dios. Al hacer esa declaración, lo que David está diciendo es, efectivamente: “En todo lo que hago,

tengo mi atención puesta en Dios. Todo lo que llevo a cabo, lo realizo completamente enfocado en Dios. Todo es para su gloria, su honra y el cumplimiento de su voluntad”.

El resultado de tal enfoque lo vemos en el versículo 9: “Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma”. Esta es otra manera de decir que David experimentaba un gran gozo en Dios; por lo que su meta era vivir siempre para su gloria y, como consecuencia de ello, disfrutar de Él para siempre. Esto es a lo que se refiere también el *Catecismo*.

El objetivo supremo de la vida de todo hombre o mujer debería ser glorificar a Dios, y el resultado que esto produce es un gozo ilimitado. La madurez espiritual viene de concentrarnos en la persona de Dios hasta que su majestad nos atrapa y nos perdemos en ella.

LA INHERENTE GLORIA DE DIOS

¿Qué queremos decir con *glorificar* a Dios? Podemos considerarlo esencialmente desde dos vertientes. La primera tiene que ver con la gloria inherente del Señor: la gloria que Dios posee en sí mismo. En Isaías 6:3 se nos dice que los serafines clamaban a gran voz: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”.

La gloria inherente de Dios forma parte de su ser, no es algo que haya recibido. Aunque Dios no hubiera creado a los hombres y los ángeles, aún poseería su gloria inherente; y si nadie le diera gloria, honra o alabanza alguna, Él seguiría siendo ese Dios glorioso que es. En eso consiste la gloria inherente: es la gloria de la naturaleza divina. Se trata de la manifestación y la combinación de todos sus atributos. Esto es algo que nosotros no podemos proporcionarle ni quitarle en lo más mínimo. Él es quien es: “El Dios de la gloria” (Hch. 7:2).

La gloria humana se diferencia mucho de eso: no es inherente al hombre, sino que este la recibe de fuera. Hablamos de aquellos que son exaltados y honrados; pero si le quitásemos a un rey su manto y su corona, y lo pusiésemos junto a un mendigo, no podríamos distinguir quién es quién. La única gloria que disfruta

un mandatario es aquella que le confieren los atavíos de su cargo. Sin embargo, toda la gloria de Dios forma parte de su ser esencial: no es algo que se le otorga, ni que deriva de alguna fuente externa a Él. Así que la gloria que Dios posee es muy diferente de cualquier tipo de gloria humana.

Además de las diversas referencias en el Antiguo Testamento —como el Salmo 24:7-10—, el Nuevo Testamento también enseña que el Señor es un Dios de gloria. Los Evangelios nos cuentan que, durante su vida terrenal, nuestro Señor Jesucristo fue la encarnación de la gloria divina (Jn. 1:14).

La resurrección de Lázaro ejemplifica la gloria del Salvador. Cuando Jesús ordenó quitar la piedra que sellaba el sepulcro de Lázaro, Marta protestó por ello, pero el Señor le respondió: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Jn. 11:40).

¿Cómo se manifestó en ese caso la gloria de Dios? Por medio de su poder, el mismo poder que había utilizado para crear el universo. No fue Marta quien le dio al Señor Jesucristo esa gloria; Él ya la tenía. Al resucitar a Lázaro no hizo sino manifestarla.

Más tarde, Jesús diría: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Jn. 17:24). La respuesta a esa oración quedará patente en el momento que se describe en Apocalipsis 21:23. La Nueva Jerusalén no tendrá necesidad de sol ni de luna, “porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”. ¡De qué manera tan maravillosa demuestra esto que la gloria de Dios forma parte esencial e inherente de su propia naturaleza! Puesto que la gloria del Señor es parte de su misma esencia, constituye algo que Él no dará a nadie más: “Mi gloria... no la daré a otro” (Is. 48:11, LBLA). Dios jamás se despoja de su gloria.

Pero los creyentes pueden *reflejar* la gloria divina, como sucedió con Moisés al bajar del monte (Éx. 34:30-35). Lo que es más, la gloria de Dios resplandece desde el interior de cada cristiano (2 Co. 3:18). Pero el Señor nunca imparte su gloria a nadie que no sea Él mismo; es decir, la gloria del Señor está en los creyentes porque Él habita en ellos. Esa majestad nunca llega a ser nuestra, Dios jamás se despoja de su gloria.

Esto guarda cierto parecido con la relación que vemos entre Faraón y José en el libro de Génesis. El primero le dio al segundo su anillo —el cual simbolizaba su autoridad regia— y también una cadena de oro (Gn. 41:42), convirtiéndose José, de este modo, en el representante de Faraón, con plenos privilegios imperiales y, en esencia, gobernador de Egipto. Su palabra era ley. Pero hubo una cosa que Faraón no le otorgó, y fue su gloria: “Solamente en el trono seré yo mayor que tú”, le dijo (v. 40). No renunció a su majestad.

Del mismo modo, Dios no comparte su gloria con ningún ser creado; se trata de algo inherente a Él, la suma de sus atributos, a lo cual no se puede añadir ni quitar nada.

ENGRANDECER LA GLORIA DE DIOS DELANTE DE OTROS

Puede que usted se pregunte: Si a la gloria de Dios no se le puede añadir nada ni es posible aumentarla en modo alguno, ¿por qué hablamos de darle gloria? ¿Cómo puede alguien dar gloria a Dios si esta es absoluta e inherente?

En realidad, cuando hablamos de glorificar a Dios, estamos hablando de engrandecer su gloria ante el mundo. Por supuesto, no podemos añadir nada a esa gloria que constituye su misma esencia, pero sí nos es posible reflejar y exaltar la gloria divina delante de los demás.

A esto se refería Pablo en Tito 2:10, cuando escribió que los cristianos deberían “[adornar] la doctrina de Dios nuestro Salvador” en todo. Este versículo no habla de añadir cosa alguna a los atributos divinos. Al llevar una vida santa, influimos en el testimonio acerca de Dios en el mundo. No adornamos a Dios mismo, sino la doctrina o la enseñanza en cuanto a Él, permitiendo que la gente vea su gloria reflejada en nuestra manera de vivir. Jesús dijo a sus discípulos que vivieran de tal manera que los hombres “vean [sus] buenas obras, y glorifiquen [al] Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16). Así que, aunque no nos es posible añadir nada a la gloria inherente de Dios, nuestras vidas pueden reflejar esa gloria y engrandecerla para que otros la reconozcan. De este modo le damos gloria Dios.

También podemos dar gloria a Dios mediante el testimonio hablado. Como dice David en 1 Crónicas: “Cantad entre las gentes su gloria, y en todos los pueblos sus maravillas” (1 Cr. 16:24). Cuando expresamos las grandes cosas que Dios ha hecho en nuestras vidas, le estamos glorificando.

También le damos gloria al alabarle. David dijo acerca de Dios: “Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todo” (1 Cr. 29:11). Y después de hacer esa declaración la resumió diciendo: “Ahora, pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre” (v. 13). David reconocía que la gloria del Señor era inherente y, por eso, debía ser alabado.

El Nuevo Testamento también nos habla de alabar a Dios por su gloria. En 1 Timoteo 1:17, Pablo dice: “Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”. Y, al final de la epístola, el apóstol alaba a Dios por ser “el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1 Ti. 6:16).

Judas se hace eco de este mismo tema, cuando dice: “Al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén” (Jud. 25). Y en Apocalipsis vemos a grandes muchedumbres proclamando la gloria de Dios (Ap. 5:13). El Nuevo Testamento nos ordena que llevemos vidas que glorifiquen a Dios. Pablo oraba diciendo: “Como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo” (Fil. 1:20). Deseaba exaltar a Cristo ante los ojos del mundo, y exhortaba a los corintios con estas palabras: “Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Co. 6:20). Dicho de otro modo: “utilicen su cuerpo de tal manera que den gloria a Dios”. Por último, el apóstol nos dejó el siguiente mandamiento de ámbito general en 1 Corintios: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). Todo lo que hagamos,

aunque sea tan mundano como comer y beber, debemos hacerlo con el fin de glorificar a Dios.

LA GLORIA DE DIOS A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

El plan de Dios para las edades implica manifestaciones sucesivas de su gloria. La historia es el despliegue de la gloria divina en el pasado. La profecía predice la futura revelación de su plenitud. Y la Iglesia es el terreno en el que Dios ha escogido de manera única demostrar su gloria en el presente.

La creación

El universo creado es un testigo silencioso de la gloria de su Creador. El salmista escribe al respecto: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19:1). Isaías, por su parte, nos informa de que “toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3); incluso el mundo animal glorifica a su Creador (Is. 43:20).

¿Se ha preguntado alguna vez para qué creó Dios el universo? Colosenses 1:16 nos da la respuesta: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”. El universo se creó para glorificar a Dios.

Todo lo que hay en este universo —desde las partículas subatómicas más minúsculas hasta las estrellas más gigantescas— le glorifica, salvo dos excepciones: los ángeles rebeldes y los hombres caídos. Ya que el propósito de la creación entera es darle gloria a Dios, las criaturas que no lo hagan serán arrojadas de su presencia; de ahí que los ángeles y los hombres caídos vayan a pasar la eternidad lejos del Señor. Aunque Dios no se deleita en semejante castigo (Ez. 33:11), este le trae gloria porque revela su santidad.

El huerto del Edén

En el huerto del Edén, Dios manifestó su gloria a Adán y Eva. Génesis 3:8 nos cuenta que ellos oyeron la voz del Señor que paseaba en el huerto al fresco del día; pero ese mismo versículo también

nos refiere que, en un esfuerzo por eludir la responsabilidad de su pecado, ellos intentaron esconderse de la presencia del Señor. Así que resulta evidente que Dios vino a ellos no solo como una voz, sino también manifestando visiblemente su gloria; es posible que a la manera de una luz resplandeciente (cp. Éx. 13:21; Hch. 9:3-6).

¡Qué maravilloso privilegio tenían Adán y Eva de ver la gloria de Dios manifestarse a diario! Nadie sabe cuánto tiempo duró aquello; pero llegó el día que se rebelaron contra Dios, y su pecado los hizo inadecuados para estar en el mismo lugar que la gloria divina. De modo que Dios los echó del paraíso y subrayó su expulsión poniendo a un querubines (seres angélicos cuya función es preservar la santidad de Dios) a la entrada del huerto, con el fin de impedir que Adán y Eva volvieran allí. Entre tanto, una espada encendida se revolvía en todas las direcciones para cerrar el paso al árbol de la vida (Gn. 3:24). El principio que vemos en el relato de Génesis sigue siendo cierto: los hombres caídos y pecadores no pueden estar en la presencia de Dios.

Durante el resto de sus vidas, Adán y Eva tuvieron delante aquella espada que les bloqueaba toda esperanza de entrar nuevamente en el huerto de Edén y que impedía que siguieran disfrutando de una relación con Dios cara a cara. La espada nos habla de juicio, de una sentencia de muerte por causa del pecado. Alguien tenía que sufrir aquel terrible y eterno castigo para que la raza humana pudiese volver a tener comunión con Dios. ¿Y sobre quién recayó la sentencia? “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 P. 3:18). La muerte de Cristo satisfizo las exigencias de la justicia divina y, gracias a ello, los que ponen su fe en Cristo pueden recuperar la comunión con Dios.

Moisés

Seguidamente, Dios decidió manifestar su gloria a Moisés, un hombre muy humilde (Nm. 12:3) con un concepto sumamente modesto de su propia capacidad. Cuando Dios lo llamó para ser su profeta y guiar a su pueblo, intentó escabullirse con la excusa de que era un mal orador (Éx. 4:10). Pero el Señor le respondió:

“¿Quién dio la boca al hombre?... Ahora, pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar” (vv. 11-12). Sin embargo, Moisés continuó objetando hasta que, por fin, el Señor le asignó a Aarón para que fuese su portavoz. A pesar de las vacilaciones de Moisés, Dios lo utilizó para revelar su gloria a Israel (Éx. 33—34).

Moisés asumió su papel de guía del pueblo de Dios, e Israel salió de Egipto y viajó hasta el monte Sinaí bajo su liderato. El Señor dirigió la marcha y los guardó milagrosamente del ejército egipcio, las aguas del Mar Rojo, la sed y la muerte por hambre. El éxodo fue una de las mayores y más espectaculares manifestaciones del poder divino que el mundo haya conocido nunca.

Pero mientras Moisés se encontraba en la cumbre del monte Sinaí recibiendo la ley de manos de Dios, los israelitas cayeron en pecado manifiesto (Éx. 32), y Moisés tuvo que recordarle al Señor que Él lo había comisionado para llevar a Israel a la tierra prometida. Luego oró con estas palabras: “Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca” (Éx. 33:13). Moisés sabía que no podría cumplir su cometido por sí mismo, y Dios le garantizó que su presencia iría con él (v. 14).

Pero no satisfecho con aquello, Moisés pidió al Señor que le permitiera verle: “Te ruego que me muestres tu gloria” (v. 18). ¿Estaría Dios dispuesto a hacer tal cosa? ¡Cuánto le habrá tranquilizado Moisés oír la respuesta! Dios le dijo: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti” (v. 19).

La palabra “bien” se refiere aquí a la esencia de los gloriosos atributos divinos, caracterizados por la gracia y la misericordia. ¡La suma de esos atributos es tan gloriosa que resulta letal para los seres humanos contemplarla! Fijar la mirada en la manifestación plena de la gloria de Dios sin estar protegido hubiera supuesto la muerte inmediata para Moisés, de modo que el Señor le dijo:

No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá... He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la

peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en la hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro

ÉXODO 33:20-23

¿Acaso tiene Dios manos o cara? Por supuesto que no: Él es “espíritu”, sin forma física definida (Jn. 4:24). Sin embargo, a menudo el Señor utiliza palabras referentes al cuerpo humano para que comprendamos en cierta medida cómo es Él. De modo que, cuando nos habla de su rostro o de su mano, se está acomodando a nuestra terminología.

Después de haber tomado precauciones para proteger a Moisés, Dios cumplió su promesa:

Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado.

ÉXODO 34:5-7

A diferencia de tantos que actualmente hablan —con bastante petulancia— de sus supuestos encuentros con Dios, “Moisés, apresurándose, bajo la cabeza hacia el suelo y adoró” (v. 8).

La gloria reflejada y el velo

Lo que contempló Moisés fue la *shekinah*: una manifestación visible de la gloria de Dios. ¿Y qué efecto tuvo aquella sobre él? Algo de su resplandor se le pegó en el rostro haciendo que este brillara, aunque él no se dio cuenta de ello (Éx. 34:29). En realidad, su cara relucía tanto que Aarón y los demás temían acercarse a él (v. 30). Aun el tenue reflejo de la gloria divina en el rostro de Moisés constituía una visión imponente.

Cuando yo era pequeño, mis padres me llevaron a la granja de

bayas *Knott's*, donde había una tienda que vendía todo tipo de artículos que brillaban en la oscuridad. Para mí eran las cosas más extraordinarias que jamás había visto, y papá y mamá me dijeron que buscara algo de mi gusto y me lo comprarían. De modo que escogí una figurilla y la guardé dentro de una bolsa durante el resto del día. Cuando llegué a casa aquella noche, saqué la figurita y la puse sobre mi cómoda, pero me sentí decepcionado viendo que no relucía.

“¿Sabes por qué no reluce? —me preguntó mi padre—. Has de ponerla cerca de alguna otra luz, ya que no tiene brillo propio”.

De modo que mi padre la sostuvo junto a una bombilla durante poco más o menos un minuto y luego la llevó otra vez a mi oscura habitación. ¡Entonces funcionó a las mil maravillas!

Moisés era, en cierto modo, como esa figurilla fosforescente: tampoco tenía luz propia; pero después de haber estado expuesto a la luz más brillante del universo, resplandecía. Su rostro se había cargado de la gloria divina. El Señor había querido despedir a su siervo de la cumbre de aquel monte con un poco del resplandor de la Deidad; y durante cierto tiempo Moisés tuvo que llevar un velo puesto sobre la cara para que la gente pudiera acercársele. Sin embargo, cuando entraba de nuevo en la presencia del Señor, se quitaba el velo y hablaba con Él en comunión franca. Así, la gloria que había en el rostro de Moisés pronto se renovaba, y este tenía que volver a cubrirse para hablar con el pueblo (vv. 33-35).

¿Por qué llevaba Moisés aquel velo? No porque la gloria reflejada en su cara supusiera ningún peligro para nadie, sino más bien porque el resplandor se iba desvaneciendo gradualmente y no quería que la gente se distrajera con un tipo de gloria evanescente. La figurilla que yo había puesto encima de mi cómoda no brillaba durante más de una hora, sin que hubiera que recargarla con otra fuente de luz; y eso era lo que le pasaba también a Moisés. El Nuevo Testamento nos dice que Moisés se ponía el velo “para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido” (2 Co. 3:13). Él sabía que la gloria en cuestión no era suya: se estaba desvaneciendo, y no quería que los israelitas vieran cómo abandonaba su rostro.

Dos veces en la historia humana Dios había manifestado su gloria de manera visible: una en un sitio y otra en un rostro. El pueblo de Israel debió preguntarse si volverían a ver alguna vez una manifestación parecida.

La gloria en una tienda

Pero Dios sí que volvió a manifestar visiblemente su gloria, y lo hizo en el tabernáculo, una especie de tienda utilizada como templo construida para glorificar a Dios, que a menudo escoge lo humilde y de poco valor para revelar su gloria. Ciertamente eso puede decirse del tabernáculo. Con frecuencia pensamos en este como en un bello recinto, pero en realidad estaba hecho de muchas pieles de animales sin lustre ni atractivo, desgastadas por el mal tiempo y sostenidas por estacas. Se trataba básicamente de un refugio portátil grande y feo. Lo que lo hacía especial era que simbolizaba al Dios de Israel y su gloria: era la morada del Espíritu del Señor durante el viaje de los israelitas tras su salida de Egipto. En esta tienda, Dios había escogido manifestar la *shekinah* a una nación entera.

Dios instruyó detalladamente al pueblo de Israel en cuanto a cómo construir el tabernáculo; y cuando este quedó terminado, “una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba” (Éx. 40:34-35). Imagínese la escena: las doce tribus de Israel —tal vez varios millones de personas—, puestas en formación tal como Dios las había colocado y, en medio de ellas, el tabernáculo, tan lleno de la gloria del Señor que nadie podía entrar.

Más tarde, en el día de la expiación, el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo y se ponía delante del arca del pacto. Tal vez piense usted que el arca era hermosa y resplandeciente como el oro, pero probablemente se tratara de algo tosco y salpicado de sangre sacrificial que los sacerdotes habían rociado sobre ella. Lo único hermoso del arca serían probablemente las alas de los querubines extendidas sobre el propiciatorio; sin embargo, Dios

había escogido manifestar allí su gloria de manera visible. Cada vez que el sumo sacerdote entraba en aquel lugar consagrado veía la gloria de Dios.

La gloria en el templo

Durante varios siglos Dios manifestó su gloria en el tabernáculo, pero al igual que en el huerto del Edén o que en el rostro de Moisés, aquella fue solo una situación transitoria. Con el tiempo, durante el reinado de Salomón, el templo vino a sustituir al tabernáculo. Así como Dios había dado instrucciones en cuanto a la construcción de este último, también proporcionó los planos para que se edificara el templo. El propósito de este era albergar la gloria divina. Era un magnífico edificio que tardó casi ocho años en construirse y probablemente tuviera un coste equivalente a varios millones de dólares.

Finalmente, llegó el día de la dedicación, y ¡qué gran día fue aquel! “Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová” (1 R. 8:10-11). Otra vez, en su condescendiente gracia, Dios volvía a manifestar su presencia en medio de su pueblo.

Aunque el templo se construyó como morada permanente para la gloria del Señor, el pueblo de Dios no siempre le dio a Él la gloria que le era debida. De hecho, en una ocasión Salomón se atribuyó el mérito que le correspondía únicamente a Dios. El segundo libro de Crónicas narra la visita oficial de la reina de Sabá a la corte del rey Salomón, y nos cuenta que, una vez que la soberana hubo comprobado la sabiduría de este, examinado todas sus riquezas y visto el templo que Salomón había hecho, “se quedó asombrada. Y dijo al rey:... He aquí que ni aun la mitad de la grandeza de tu sabiduría me había sido dicha” (2 Cr. 9:4-6). Y prosiguió describiendo cuán maravillosa era la sabiduría de Salomón, la gran suerte que tenían sus súbditos y las cosas magníficas que él había hecho; incluyendo, sin duda, el imponente templo que había construido. Evidentemente, la reina volvió a su

país sin comprender que en ese templo residía la gloria de Dios y no la de Salomón. Por desgracia, el relato no revela que Salomón la sacara de su error.

A partir de entonces vemos una decadencia gradual pero ostensible del templo y de su gloria. Ya no se vuelve a mencionar la *shekinah*. La idolatría comenzó a desplazar lentamente la gloria de Dios durante el último periodo del reinado de Salomón (1 R. 11:4) y, para cuando llega el tiempo del profeta Ezequiel, el culto del Dios verdadero en su propio templo había prácticamente desaparecido.

De la gloria a la ignominia

Cuando el pueblo de Dios pecó y no dio al Señor la honra debida, Él les retiró su gloria. Ezequiel tuvo una visión de ello, que se narra en el capítulo 8 de su libro. En dicha visión, Dios le mostró al profeta el culto idolátrico que se estaba llevando a cabo dentro de las propias instalaciones del templo. Y lo que vio Ezequiel le desconcertó sobremanera: “Entré, pues, y miré; y he aquí toda forma de reptiles y bestias abominables, y todos los ídolos de la casa de Israel, que estaban pintados en la pared por todo alrededor” (v. 10). Luego pasó al atrio interior de la casa del Señor y allí vio hombres dando la espalda al templo, inclinados con el rostro hacia el oriente y adorando al sol (v. 16).

No es extraño que Ezequiel se conturbara tanto: en vez de adorar a Dios en su templo se estaba adorando a Satanás. Dios no puede soportar la presencia del pecado (Hab. 1:13), de modo que abandonó su propio templo. La retirada de la gloria divina tuvo lugar en sucesivas etapas, casi como si Dios se marchara con renuencia y enormemente afligido. Ezequiel relata cómo la gloria se fue retirando poco a poco. Primeramente, se elevó de entre los querubines esculpidos y se puso sobre el umbral de la puerta (Ez. 9:3). En segundo lugar, la gloria se trasladó del umbral y descansó encima de los querubines vivos de la visión del profeta (Ez. 10:18). Desde allí sobrevoló la puerta oriental del templo (Ez. 10:19), y de en medio de Jerusalén, ascendió y se posó sobre un monte situado al oriente (Ez. 11:23). Por último, la manifestación

de la gloria no fue ya visible, puesto que regresó al cielo: Dios retiró su gloria del templo y la volvió a llevar a su trono.

La gloria no brillaba más en medio del edificio, sino que era como si la palabra *Icabod* —que significa “traspasada es la gloria” (1 S. 4:21)— se hubiese esculpido en los postes de las puertas. Lamentablemente, había llegado el día que ni siquiera aquel magnífico templo seguía siendo apto para albergar la gloria de Dios. No resulta extraño, pues, que el Señor permitiera, finalmente, que los babilonios lo redujeran a cenizas. ¡La gloria divina ya no estaba allí! ¿Volvería algún día?

La gloria encarnada

La gloria de Dios volvió muchos siglos después. Juan 1:14 nos dice: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”.

La gloria divina regresó en la persona de nuestro Señor Jesucristo. ¿Y cuándo se manifestó más plenamente dicha gloria? En lo alto del monte de la transfiguración (Lc. 9:28-36); donde, durante unos breves momentos y en presencia de tres de sus discípulos, el Hijo de Dios permitió que su esplendor brillara. Allí estaba la gloria; no como un resplandor en el huerto, como un reflejo en el rostro de Moisés, o como el fulgor del tabernáculo o del templo, sino la gloria inherente del Dios y hombre Jesucristo.

Aunque la gloria de Cristo es permanente —como el resto de sus atributos—, aquella manifestación duró solo cierto tiempo. Más tarde, algunos hombres impíos lo arrestarían, lo llevarían preso, lo condenarían falsamente, lo torturarían de un modo espantoso y lo clavarían en la cruz donde moriría. Querían deshacerse de la expresión más grande que haya habido de la gloria de Dios.

Pero no pudieron apagar esa gloria, ya que nuestro Señor resucitó de entre los muertos e incluso las terribles heridas de su cuerpo fueron glorificadas. Su obra en el mundo había concluido y, entonces, Cristo ascendió al cielo.

La gloria venidera

¿Se manifestará nuevamente la gloria de Dios? Nuestro Señor responde a esto en el capítulo 24 de Mateo, donde se nos relata su gran sermón del Monte de los Olivos. Allí Jesús habla a sus discípulos de un tiempo de gran tribulación que se aproxima, y esboza para ellos los acontecimientos que rodearán su regreso a este mundo. Cuando Jesús descienda físicamente del cielo, algo muy espectacular sucederá: “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (v. 30).

¿De qué señal nos habla Jesús? De la manifestación visible de su gloria, del fulgor absoluto de Dios bajando del cielo en la persona de nuestro Señor... Se trata de la gloria *shekinah* revelada en su cuerpo, del mismo modo que la vieron brevemente aquellos tres discípulos suyos en el monte de la transfiguración.

Una vez más los hombres pecadores intentarán acabar con su majestad. Se opondrán a Él aunque venga como “Rey de reyes y Señor de señores” (Ap. 19:16). Cuando vean descender del cielo su fulgurante gloria, dispararán sus misiles esperando hacerla saltar por los aires.

Pero no podrán conseguirlo: con una sola palabra Jesús exterminará a aquellos que traten de oponerse a su majestad. A partir de entonces, Él gobernará las naciones con vara de hierro y reinará sobre el trono de David con poder y gloria: una gloria mucho mayor que aquella que manifestó en su primera venida.

Voy a señalarle algo emocionante: ¡los que le conocemos estaremos allí! Todos los que murieron en Cristo, al igual que aquellos que hayan sido arrebatados con Él en las nubes, regresarán en gloria juntamente con Jesús. Esto fue lo que dijo Pablo a los colosenses: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3:4). La promesa se extiende a todo aquel que haya confiado en Jesús. Cuando Él vuelva, nos proporcionará nuevos cuerpos glorificados capaces de disfrutar su gloriosa presencia eternamente.

¿Se ha preguntado alguna vez lo que haremos durante toda la eternidad? Apocalipsis nos da la respuesta:

Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: la salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.

APOCALIPSIS 7:9-10

No solo daremos gloria a Dios, sino que también veremos su gloria por toda la eternidad. Apocalipsis 21 nos describe “la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios... La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (vv. 10-11, 23).

La gloria en el presente

Hemos echado un rápido vistazo a la gloria de Dios en el pasado y tenido una vislumbre de la gloria venidera tal y como se nos revela en las Escrituras. Pero ¿qué hay de la gloria de Dios en este tiempo?

En nuestros días, la gloria de Dios se manifiesta en su pueblo: la Iglesia. Tenemos el privilegio, el propósito y la responsabilidad de demostrar la gloria divina. Según nos dice Pablo, somos un templo santo que alberga la gloria del Señor (Ef. 2:21-22). La intención con la que Dios nos ha dejado en esta tierra es “para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6).

Aunque somos simples “vasos de barro”, en nuestro interior se halla la gloria divina (2 Co. 4:7). Él ha escogido las cosas humildes de este mundo para glorificarse (1 Co. 1:26-31). Dios nos transforma por el poder del Espíritu Santo y nos permite reflejar su majestad. La única forma en que el mundo puede recibir el

mensaje relacionado con la gloria de Dios es por medio de nosotros: la gente tiene que ver en nosotros a “Cristo..., la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Cuanto más maduros seamos, tanto más podrá el Señor usarnos para reflejar su gloria. Pablo dice: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31).

GLORIA PARA SU NOMBRE

Algunos cristianos testifican de nuestro Señor movidos por la obediencia —porque se les ha ordenado hacerlo—; otros comparten el evangelio debido al amor y la preocupación que sienten por los perdidos. Ambos motivos son dignos, pero no constituyen la razón más elevada.

El motivo supremo para la evangelización debería ser la gloria de Dios. Esto era lo que impulsaba a Pablo. El apóstol trabajaba arduamente, evangelizaba, predicaba y derramaba su corazón “por amor [al nombre de Jesús]” (Ro. 1:5). Amaba a los perdidos y se mostraba obediente al mandamiento de Cristo de evangelizar; pero su pasión era llevar a otros al conocimiento del Salvador para que Él pudiera recibir la gloria debida a su nombre. Si Dios es Dios, el único Dios y el solo Creador y Señor de los hombres, tiene derecho a una adoración exclusiva y a sentir celos si no se le rinde culto.

Aquel piadoso misionero en la India, llamado Henry Martyn, veía a la gente inclinarse delante de sus ídolos. Según cuenta, observar a aquellas personas postrándose ante los dioses hindúes “[le] inspiraba más horror del que podía expresar... No podía soportar la existencia si Jesús no era glorificado; tal cosa [le] sería un infierno”.

Debo confesar que Dios me ha reprendido vez tras vez por no sentir esto mismo. Ver que alguien no glorifica a Jesucristo no siempre ha supuesto para mí “un infierno”; pero oro continuamente pidiéndole al Señor que me dé tal amor por la gloria de Jesús que se me rompa el corazón cada vez que observo a alguna persona que no da a mi Señor la gloria que Él merece.

Él es sumamente digno de gloria.

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

FILIPENSES 2:9-11

El autor del siguiente himno aboga elocuentemente:

*Que cada pueblo y tribu
En el terráqueo globo,
Grandeza le atribuyan
Y le hagan Rey de todo.*

Vemos la gloria de Dios en los cielos, en la tierra, en la salvación, en la vida cristiana, en el prometido regreso de Cristo y en cada dimensión de la existencia. Yo considero esa gloria el propósito principal que desata todas las riquezas espirituales escondidas en Jesucristo. Ahora bien, si tal es el propósito principal de la vida, ¿cómo podemos edificar sobre él? ¿De qué manera nos es posible glorificar a Dios en la práctica? Para esto necesitamos una llave diferente, que yo llamo el plan maestro.